

## CÁLIZ

Real Fábrica de Platería de Martínez. Madrid

1829

Plata sobredorada

Alto 28 cm., diámetro pie 12,5 cm., diámetro copa 7,4 cm.

Nº Inv. DX 168

La Real Fábrica y Escuela de Platería fue fundada en Madrid, en 1778, por el orfebre aragonés Antonio Martínez Barrio, la figura más destacada de la platería hispana de la segunda mitad del siglo XVIII. Contó para ello con la ayuda y protección del monarca Carlos III, quien le concedió un préstamo para viajar a París y Londres con el fin de perfeccionar su formación técnica, y de donde traerá novedosas máquinas e instrumentos que sumar a los de su propia invención, necesarios para la enseñanza de sus discípulos. La intención final de este periplo era la de convencer de la necesidad de establecer una escuela y fábrica de platería en Madrid bajo patrocinio real, en la misma línea en que ya se había hecho en la época de Felipe V con la Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara o con la Real Fábrica de Cristales de la Granja de San Ildefonso, y ya con Carlos III, dentro de su política general de favorecer las más diversas industrias artísticas, con la de Porcelana del Buen Retiro o con la Real Escuela y Fábrica de Relojes, por citar tan sólo algunas de las más conocidas.

El establecimiento de Manufacturas Reales –bien por iniciativa particular, amparada por la Corona, o por propia iniciativa Real- responde al espíritu ilustrado de la nueva dinastía borbónica que pretende fomentar las artes decorativas en España, promover la industrialización del país para paliar el atraso tecnológico y modernizar la estructura económica de la sociedad española. La remodelación y nueva construcción de los Palacios y residencias reales que demandan para su amueblamiento y ornato toda una serie de objetos suntuarios incluidos en el amplio abanico de las artes decorativas, será también factor determinante, de ahí su prioritaria instalación en Madrid o en sus proximidades.

La creación de la Real Fábrica de Platería supondrá la introducción en España del método de fabricación industrial en el ámbito de la platería y, consecuentemente, el progresivo declinar de la concepción artesanal

tradicional, así como una profunda transformación de las antiguas estructuras profesionales: los talleres. Hay que tener en cuenta que junto a la Real Fábrica se instituyó la Escuela que dirigía el propio Martínez, quien contaba con la facultad de examinar y conceder el título de maestro, que hasta ese momento era otorgado únicamente en los Colegios o Corporaciones gremiales, lo que en alguna ocasión daría lugar a claros enfrentamientos entre ellos.

En el aspecto técnico, la introducción de maquinaria traerá también importantes innovaciones, además de un notable abaratamiento del coste, una mayor producción y un acabado más perfecto de las piezas, aunque, como contrapartida, se acusará en las mismas una creciente estandarización y pérdida de personalidad.

Las obras más valoradas dentro de la producción de la Real Fábrica son, sin duda, las del período de Martínez, entre las que destacan las de carácter civil, con interesantes novedades tipológicas y un diseño de las estructuras en una línea netamente neoclásica, de tradición madrileña. En sus piezas, el elemento ornamental pasa a ser algo accesorio, predominando las líneas rectas y las superficies lisas enmarcadas por molduras perladas, que son reflejo de una obra muy personal aunque no faltan elementos que sugieren la influencia de los plateros franceses e ingleses con los que tuvo contacto.

De la Real Fábrica de Platería de Martínez conserva el Museo Arqueológico algunas muestras, entre las que se encuentra un cáliz que ingresó como depósito de la Xunta de Galicia el 22 de febrero de 1999 y que hoy es objeto de la pieza del mes.

Se compone de pie circular con base cilíndrica y superficie lisa, elevada en el centro en forma troncocónica. El vástago comienza con una serie de molduras -una de ellas con decoración troquelada geométrica-, que soportan un largo cuerpo cilíndrico al que, mediante pequeños clavos, se aplican siete medallones ovales que llevan grabadas las iniciales B C P C E O M sobre fondo mate rayado. Dos cuerpos troncocónicos, con un baquetón gallonado entre ellos, dan paso a un nudo saliente, de forma cilíndrica adornado con sencillas plaquitas recortadas en forma de flor que se superponen unas a otras. Sigue un estrecho gollete entre molduras, decorado por motivos ovales calados y coronado por un cuerpo convexo. La copa, de borde ligeramente abierto, muestra en la subcopa ornamentación de nubes sobrepuestas.

Las marcas que lleva el cáliz, lo identifican como obra madrileña realizada en 1829 en la Real Fábrica de Platería de Martínez. Los tres punzones se sitúan en el borde vertical del pie, dispuestos horizontalmente, y son: escudo coronado con el oso y el madroño y otro con un castillo –contrastes oficiales de la Villa y Corte de Madrid- ambos sobre 29, cifra final del año de ejecución del cáliz; el último de los punzones es el de artífice, z/M, dentro de un sello bilobulado, marca que correspondió en un primer momento a las obras realizadas por el propio taller de Martínez, y que continuó utilizándose como identificativa de la producción de la Real Fábrica después de su fallecimiento en 1798.

El cáliz se encuadra dentro de los postulados estéticos de la Escuela de Platería, destacando la pureza de líneas y la reducción de los motivos ornamentales a pequeños detalles de la estructura y en el que tan sólo las nubes de la subcopa adquieren protagonismo decorativo.

La fecha de realización, 1829, nos remite al período en que dirige la Fábrica Pablo Cabrero y Cosculluela (1818-1846), un militar de gran espíritu empresarial y comercial que al casarse con la hija de Martínez sitúa a la Fábrica en una etapa caracterizada por su copiosa producción y difusión, aunque se trata de la época más seriada y artísticamente más pobre. En esos años Fernando VII concede a la Fábrica el título de “Platería de la Real Casa y Cámara de SS.MM”, confirmando la protección real que de antiguo se le había dispensado.

Tras la muerte de Cabrero, la Fábrica es arrendada a la Compañía General del Iris hasta su cierre definitivo en 1876, después de un siglo de funcionamiento. Las piezas de la Real Fábrica alcanzaron una amplia difusión, y los alumnos que pasaron por su Escuela propagarían su estética neoclásica y sus renovaciones técnicas por toda España.